



VOL: AÑO 8, NUMERO 21
FECHA: ENERO-ABRIL 1993
TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS
TITULO: **Nación y nacionalismo en México**
AUTOR: *Francisco Salazar Sotelo* [*]
SECCION: Artículos

EPIGRAFE:

A Mariana, por su primer aliento vital

RESUMEN:

El creciente peso de los llamados nacionalismos en las sociedades modernas señala la necesidad de precisar la diferencia, a veces sutil, entre los nacionalismos de tipo étnico y aquellos que se derivan de una matriz política. Así, al ahondar en la sustancia del nacionalismo mexicano nos percatamos de que posee una gran complejidad, producto de una historia saturada de conflictos y procesos sociales por la búsqueda de una identidad nacional siempre anhelada, pero hasta hoy poco consolidada. En la sociedad mexicana, los intentos por crearlo y fortalecerlo han sido en su mayoría impulsados por el Estado.

ABSTRACT:

Nation and Nationalism in Mexico.

Nationalism in modern societies carries an increasing weight. It implies a need to define the difference -however subtle- between ethnic nationalism and those stemming from a political matrix. Thus, we embark into the substance of the Mexican nationalism. Its vastly complex situation is the result of a history saturated with conflicts and social process. It reaches out to a forever pursued national identity, that today is still far from solid. The intention of creating and strengthening this national identity has been promoted mostly by the State.

TEXTO

Presentación

Uno de los temas que más espacio han ocupado en la reflexión de las ciencias sociales de nuestros días es el de la nación y los nacionalismos. Las propuestas para estudiarlo demuestran la enorme complejidad que subyace en su dinámica interna. Los cambios mundiales de los años recientes obligan necesariamente a repensar y redefinir los procesos que conforman e interrelacionan a la nación, al Estado-nación y al nacionalismo.

Las tendencias que la humanidad ha experimentado en los últimos años, antes insospechadas, son disímbolas: mientras que en el plano económico se avanza hacia la globalización, sustentada en tres poderosos bloques -el europeo, el asiático y el norteamericano-, e incluso en algunas partes se promueven mecanismos de unidad

política que van más allá de la esfera de influencia de los Estados nacionales -por ejemplo el Parlamento Europeo-, en el reverso de la moneda hay procesos de escisión política y resurgimiento de nacionalismos. Como producto de la desarticulación del bloque socialista, se presencia el desmembramiento pacífico o violento de poderosos Estados nacionales, los que al contener en su espacio geográfico y en su estructura política a diversas naciones y grupos étnicos, constituyen un campo fértil para el surgimiento de los nuevos nacionalismos como mecanismos principales de identidad étnica y de agrupación política.

I. Nación y nacionalismo

Uno de los fenómenos sociales más difíciles de conceptualizar es el de nación, debido entre otros aspectos a que, para muchos autores, la nación designa a la población en relación con el Estado, es decir, se limita la definición a su estricto aspecto político-jurídico: la nación concebida como toda entidad jurídica formada por el conjunto de habitantes de un país y regida por un gobierno estable y soberano. Convalidar tal propuesta supone aceptar implícitamente que: 1) la nación, cuyo origen reside en la formación de los modernos Estados nacionales, no tiene más de seis siglos de existencia; 2) la población perteneciente a cada territorio jurídico es, ipso facto, parte de la nación encarnada por el Estado que la gobierna; y, en consecuencia, 3) lejos de ser un proceso histórico-cultural, la nación es una creación artificial impuesta arbitrariamente por los modernos Estados-nación.

De inmediato surgen algunas dudas: ¿qué es lo que cohesionaba a los individuos y los hacía sentirse parte de una colectividad antes del surgimiento del Estado?; ¿los helenos, los romanos, constituyeron naciones o no?; ¿los eslovacos son parte de la nación checa por pertenecer al Estado-nación checoslovaco?; ¿es la nación sinónimo del Estado-nación? (Salazar, 1992).

Considero que la interpretación más acertada es aquella según la cual la nación posee una existencia previa y distinta a la del Estado, lo que supone reconocer que una sola nación puede constituir varios Estados-nación (como el caso de la nación inglesa); que una nación puede estar representada por dos Estados distintos sin perder por ello su carácter (por ejemplo la nación alemana, que hasta antes de 1989 se encontraba representada por las repúblicas Federal y Democrática); que un Estado puede representar a dos o más naciones y reivindicar por igual sus derechos inalienables (por ejemplo los Estados multinacionales, hoy cuestionados por la realidad, como las antiguas Yugoslavia, URSS, Checoslovaquia, etc.). Diferenciar estos fenómenos permite dilucidar si el Estado es la consecución plena de la nación o si ambos representan procesos paralelos pero distintos entre sí; implica analizar si el Estado, en su afán de expansión y consolidación, aniquila -integra u obstaculiza oprimiendo- a varias comunidades nacionales o comunidades que son naciones en potencia.

Diferenciar a la nación del Estado permite ubicar el nacionalismo en sus justas dimensiones; pero antes de entrar en materia, señalaré brevemente algunas de las principales características que posibilitan conceptualizar a la nación y al Estado sin dejar de reconocer que la definición de aquella es mucho más compleja que la de éste.

El primer acercamiento al concepto de nación permite reconocer como algunos de sus componentes básicos la pertenencia a una cultura común, cohesionada a través de una misma lengua y la proximidad física, efecto de una ascendencia común, lo que genera en el conjunto de individuos agrupados de forma natural una serie de características intransferibles que los une y los identifica entre sí, a la vez que los diferencia de otros grupos étnicos.

Así como los distintos grupos humanos responden de diversas formas ante la naturaleza para satisfacer sus necesidades vitales, con lo que crean culturas específicas, así también el surgimiento y la consolidación de las diversas naciones se vinculan con el desarrollo histórico, con las distintas herencias culturales y con la enorme variedad de procesos de diferenciación e integración lingüística a que se encuentra sujeto todo grupo o colectividad. Las naciones surgen de las diferentes relaciones que se establecen con la naturaleza, de la lucha específica por la existencia, de su organización y ordenamiento social particulares, de los sincretismos étnico-culturales, etc.; elementos que además de cohesionarlas las distingue de las otras. Toda nación posee una cultura y una lengua particulares, a través de las cuales forja y mantiene sus imágenes, mitos, creencias y aspiraciones, que hereda y trasmite al conjunto de individuos que la componen y los hace portadores de la esencia comunal-nacional. [1]

Respecto al Estado, es conocido que la historia de los modernos Estados nacionales se inicia en el siglo XV y es determinada por un variado conjunto de acontecimientos particulares. [2] De forma paralela a los procesos políticos, en el campo económico-militar se crean las bases que posibilitan el surgimiento de los nuevos Estados-nación. De hecho, son hijos de la producción mercantil que incrementa los impuestos recaudados y con ello la posibilidad de mantener económicamente al Estado, el que así puede crear un ejército de mercenarios y una creciente burocracia administrativa. [3]

En su proceso de consolidación, los Estados nacionales orientan su actividad para lograr los siguientes objetivos: subordinar a su poder, poder soberano, a todos los habitantes que jurídicamente se definen como establecidos en su territorio; salvaguardar la paz interna y defenderse de los peligros externos; imponer autoritariamente valores, normas y sanciones que son funcionales a la lógica y dinámica estatales y, en la mayoría de las ocasiones, contrarios a la práctica cultural de los sectores subordinados; y fomentar políticas encaminadas a fortalecer el crecimiento y el desarrollo económico.

El Estado-nación, con su correlativa comunidad política, es decir, aquellas personas sujetas a órdenes que deben acatar y cumplir, altera y en ocasiones violenta la práctica cultural de los diversos grupos étnicos que lo conforman; en la mayoría de las ocasiones es un grupo étnico el que somete a su dominio al resto de los grupos, los cuales pueden asumir varias actitudes: integración, resistencia, asimilación cultural y lingüística o pasividad.

El proceso de fusión a través del cual pequeñas comunidades étnicas son integradas económica, lingüística y en ocasiones culturalmente a comunidades étnicas mayores o más fuertes militar o políticamente [4] posibilita el surgimiento de los Estados nacionales pluriétnicos. Tal es el caso de los Estados Unidos de América, donde los anglosajones coexisten con negros, orientales, hispanos y otros, así como los Estados multilingües, entre los que puede mencionarse a Suiza, que posee cuatro idiomas oficiales -alemán, francés, italiano y romanche-; Canadá, con dos -inglés y francés-; Paraguay, con dos -español y guaraní-, etc. Dicho proceso de fusión también explica el surgimiento de Estados pluriculturales, como México, donde existen varios grupos indígenas con culturas propias, diferentes de la cultura mestiza mayoritaria -mayas, zapotecas, mixtecas, nahuas, tarahumaras, huicholes-. E incluso el surgimiento de Estados multinacionales: Checoslovaquia se conformaba hasta 1992 de la nación checa y de la nación eslovaca; Yugoslavia se componía de serbios, croatas, eslovenos, montenegrinos, macedonios y otras minorías étnicas.

La existencia de Estados nacionales poliétnicos, multilingües, pluriculturales y multinacionales nos obliga a precisar si a toda nación debe corresponder un Estado, o si

todo Estado debe corresponder exclusivamente a una nación; la discusión no es fácil ni es nueva. Desde principios del siglo XIX uno de los temas más apasionantes referidos a la nación fue el llamado "principio de las nacionalidades", que argumentaba y exigía que toda nacionalidad [5] tenía el legítimo e inalienable derecho a poseer un Estado o una organización política autónoma y que, en consecuencia, todo Estado debía abarcar sólo a una nación. [6]

Lo cierto es que en nuestros días, aunque se reconoce la existencia de Estados monoétnicos, son los Estados multiétnicos la constante; su historia evidencia un largo proceso de relaciones entre diversos grupos étnicos, de azarosas contiendas bélicas, de procesos de dominación e integración; por ello, no es en ningún sentido extraño encontrarse con Estados que reconocen varias lenguas, diferentes culturas e incluso diversas naciones, lo que se traduce en un pluralismo donde coexisten diversas naciones dentro de un mismo Estado, en igualdad de circunstancias o con la hegemonía de alguna de ellas; sin embargo, existen muchos Estados en los que, pese a la existencia de varias lenguas, culturas o naciones, no se les reconoce oficialmente e incluso se trata de obstaculizarlas o eliminarlas.

Esta compleja situación obliga a reconocer que en la actualidad existen varios grupos étnicos que ante coyunturas específicas pueden devenir nacionalidades y, a través de luchas alternativas, nuevas naciones (véase la nota 6). De ser cierto este proceso pueden generarse varios problemas separatistas para los modernos Estados, cuya principal premisa de existencia es la imposición de un proyecto político nacional donde prevalece un grupo étnico específico. La situación de las antiguas Yugoslavia y URSS es por lo demás reveladora. El Estado, en consecuencia, se ve forzado a establecer un conjunto de mecanismos agrupados bajo el término de nacionalismo -político- para obstaculizar el desarrollo o la consolidación de las nuevas nacionalidades y en su caso de las nuevas naciones.

Es justo el momento de analizar el fenómeno del nacionalismo, o, para decirlo con mayor precisión, los fenómenos de los nacionalismos. Afirmando esto porque, en mi opinión, así como existen diferencias entre la nación y el Estado nacional, también existen diferencias entre los nacionalismos imbuidos de un carácter étnico y los nacionalismos eminentemente políticos. Pasemos pues a analizar sus diferencias.

II. ¿Nacionalismo o nacionalismos? Los distintos nacionalismos

Se acepta que no existe ningún canon o prototipo único o exclusivo en la conformación de los distintos nacionalismos; así por ejemplo no existe ninguna ley que defina o decida el origen, el surgimiento o el fin de una nacionalidad o de una nación. Tampoco se puede afirmar apriorísticamente que todo nacionalismo de Estado o político atente contra los distintos grupos étnicos contenidos en su territorio. Para el análisis de los nacionalismos es necesario recurrir a los elementos regionales o nacionales que explican el ámbito particular en que se desarrollan sus principales tendencias y procesos. No obstante, es posible enumerar las características que diferencian el nacionalismo étnico o cultural del nacionalismo político o de Estado.

Nacionalismo étnico

Ante la consolidación de los Estados nacionales que buscan homogeneizar a la población contenida en su territorio y que imponen autoritariamente un proyecto cultural de nación, las minorías étnicas sufren un proceso de dominación y opresión cultural, lingüística, política, económica y social. Frente a esta situación, los grupos étnicos minoritarios o subalternos pueden adquirir conciencia étnico-política-nacional-nacionalista a través de la

cual consolidan un sentimiento de identidad nacional que, además de congregarlos en contra de la unificación abstracta impuesta por el Estado, los obliga a luchar por su realización plena. [7] Es decir, los obliga a luchar por las peculiaridades culturales, lingüísticas, históricas, así como a luchar por la existencia de una organización política propia, autónoma y autogestiva.

El nacionalismo étnico surge allí donde hay pueblos sometidos a una dominación extranjera, donde existen Estados multinacionales con el dominio de alguna de las naciones componentes, en Estados pluriculturales donde no se reconoce el derecho de existencia de las minorías étnicas y en otros. De igual forma, el nacionalismo étnico irrumpe en la década de los noventa en el continente europeo como efecto del Acuerdo de Potsdam de 1945, por el cual los Estados Unidos, la extinta Unión Soviética, Francia y la Gran Bretaña impusieron arbitrariamente la demarcación de fronteras sin tener en cuenta la geografía ni los pueblos que vivían en esos territorios; así como por el desmembramiento del bloque socialista. Desafortunadamente no sólo en lo que fue Yugoslavia existen violentos enfrentamientos interétnicos; en Europa hay más de seis millones de personas que luchan por el derecho de hablar su lengua, de educar a sus hijos en ella, de transmitirles sus tradiciones y su cultura, de tener sus medios de comunicación y de poseer una estructura política propia. Los gitanos [8] distribuidos en casi todos los países europeos, las comunidades húngaras establecidas en Rumania y Eslovaquia y los polacos ubicados en Lituania y Belarús (antes Bielorrusia) lo permiten comprobar.

Sin embargo, en la defensa irrestricta del justo derecho de los pueblos a luchar por sus valores culturales y nacionales no se debe soslayar el peligro latente de que muchos Estados europeos aprovechen los emergentes movimientos nacionalistas étnicos. [9] Estos también pueden degenerar en fanatismo religioso y político, en acciones xenofóbicas y sobre todo en racismo galopante. [10] Reconocer no significa justificar; los grupos étnicos tienen derecho a existir y consolidar su organización política sin desmedro de otros grupos y sin que su lucha sea manipulada por intereses ajenos a los suyos. Pareciera que Europa se acerca a un punto sin retorno en donde las reclamaciones territoriales, las tensiones fronterizas, los enfrentamientos interétnicos, la xenofobia y el separatismo amenazan cada vez más con una guerra de consecuencias insospechadas.

Nacionalismo político de Estado [11]

Dentro de las corrientes que interpretan el nacionalismo como un fenómeno estrechamente vinculado con el Estado subyacen dos posiciones básicas: aquella que diferencia el Estado de la nación (Gellner, 1988) y la que entiende a la nación como un producto del Estado (Rocker, 1977). [12] Sin embargo, para ambas visiones el nacionalismo es un fenómeno de control político. La primera vertiente lo percibe como el principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política; es decir, "el nacionalismo es una teoría de legitimidad política que prescribe que los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos, y especialmente que no deben distinguir a los depositarios del poder del resto dentro de un Estado dado" (Gellner, 1988: 250). De igual forma, para quienes la nación no es más que un producto artificioso del Estado, "el nacionalismo no ha sido nunca otra cosa que la religión política del Estado moderno" (Rocker, 1977: 250). Para decirlo brevemente, a continuación se enumeran los principales elementos constitutivos del nacionalismo político o de Estado:

- 1) El Estado moderno busca por todos los medios imponer autoritariamente un proyecto de nación que se enfrenta a una sociedad heterogénea en términos culturales y lingüísticos. Para lograr un fin político, el Estado recurre cada vez más a la cultura; a su vez el modelo cultural propuesto necesita de la estructura política para difundirse con

mayor amplitud y precisión. "Toda cultura desarrollada quiere un Estado y preferiblemente el suyo" (Gellner, 1988).

2) En las sociedades modernas el sistema educativo, como principal instrumento de socialización política y cultural, se transforma en un factor indispensable para las colectividades. El Estado aprovecha en su beneficio esta necesidad educativa para difundir y camuflar su proyecto de nación y, por lo tanto, el nacionalismo. La conciencia nacional no es innata en el hombre, sino insuflada en él por la educación. El nacionalismo moderno no es más que la voluntad del Estado (Rocker, 1977).

3) Con la consolidación del sistema educativo [13] se combinan elementos de la cultura popular con factores del proyecto estatal para conformar un conjunto de símbolos -bandera, himno, héroes- que se busca interiorizar en la mayoría de los habitantes a través de los grupos informales, los medios masivos de comunicación y, sobre todo, el sistema educativo obligatorio (Deutsch, 1981: 39).

4) Con el desarrollo de los medios de comunicación masiva el Estado potencia su capacidad para imponer su proyecto de nación. [14] Cuando las condiciones generales de una sociedad permiten la existencia de una cultura uniformada y centralizada en las instituciones estatales, el proyecto nacional es capaz de influir en la mayoría de la población en un marco de legitimidad política, al presentarse como proyecto cultural y no político.

5) El nacionalismo, en su afán de legitimarse, aprovecha la multiplicidad de culturas o la riqueza cultural preexistente heredadas históricamente, pero las codifica adecuándolas a sus fines políticos. El principal mito del nacionalismo busca trastocar la realidad: dice defender la cultura popular, pero de hecho forja una cultura desarrollada; dice proteger una antigua sociedad popular, pero de hecho ayuda a levantar una anónima sociedad de masas (Gellner, 1988).

6) El nacionalismo se puede presentar como: a) un movimiento de autoafirmación defensiva u ofensiva, de acuerdo con la relación que establece con los demás Estados; b) una respuesta al desafío externo; y c) un movimiento que lucha por la independencia, la integridad y la identidad en el ámbito económico, político y cultural, es decir, que lleva implícitos los conceptos de autodeterminación y autogobierno.

7) Por lo tanto, el nacionalismo tiene como principales objetivos homogeneizar lo diverso; compactar cultural y lingüísticamente grupos heterogéneos; y establecer una política de integración para dar mayor cohesión a la estructura estatal homogeneizando la población y desalentando la aparición de movimientos separatistas.

III. El nacionalismo en México

La sociedad mexicana de nuestros días muestra una gran complejidad en sus relaciones interétnicas y culturales, producto de una historia saturada de conflictos y procesos sociales por la búsqueda de una identidad nacional siempre anhelada, pero hasta hoy poco consolidada.

La diversidad étnica, cultural y lingüística se ha presentado como el obstáculo fundamental para la realización autoritaria, por parte del Estado, de un proyecto de nación orientado a la homogeneidad étnica y cultural y a la estandarización de los hábitos simbólicos que influyen en toda posible identidad colectiva. Es indudable que esta diversidad étnica y cultural ha establecido una relación compleja y aleatoria con el nacionalismo mexicano. Al respecto, sostengo la hipótesis de que en la sociedad

mexicana, salvo algunos movimientos regionales sin articulación entre sí, los intentos por crear y fortalecer el nacionalismo en su mayoría han sido impulsados por la acción estatal. Esto es, que en el campo de los nacionalismos una constante de nuestra sociedad ha sido y es la del nacionalismo político o de Estado, el cual, en su devenir histórico, busca adecuarse a las circunstancias de su momento, con el propósito de homogeneizar lo diverso, de crear los mecanismos de identidad y de cohesión para, con ellos, legitimar el dominio político mediante el consenso y la lealtad de los sectores populares.

En el estudio de los nacionalismos me sumo a la afirmación de que el fenómeno nacionalista sólo puede entenderse cabalmente si se observa su dimensión cultural. Los procesos mediante los cuales se logran el consenso y la legitimidad son fundamentalmente de naturaleza ideológica, y la forma en que se entretajan en una red mediadora está normada por cánones culturales (Bartra, 1989: 192).

En las siguientes líneas pretendo resaltar sucintamente algunos de los momentos más importantes del nacionalismo mexicano.

Con el proceso de conquista los españoles cortaron de tajo la consolidación de algunas naciones incipientes o nacionalidades prehispánicas -los aztecas, los tarascos y otros-. [15] De forma simultánea se inicia un proceso de mestizaje étnico que, en el transcurso de los trescientos años de vida colonial, conforma una estructura étnica y social nítidamente establecida: los indígenas y los mestizos sometidos a la dominación y explotación de los peninsulares y a la de sus descendientes nacidos en la Nueva España, los criollos.

Sin embargo, un amplio sector del grupo de los criollos acumulaba resentimientos por los privilegios económicos, políticos y sociales de que disfrutaban los peninsulares. Los criollos se sentían los herederos desposeídos. Al tener vedado el acceso a los puestos políticos relevantes, encontraron en la milicia y en el sacerdocio la posibilidad de mantener una ubicación intermedia en la estratificación social; pero no más. Por su lado, los peninsulares impusieron la visión que los presentaba con una superioridad cultural, social, económica y política con el deliberado propósito de mantener su unidad étnica, pero sobre todo de mantenerse como grupo dominante.

La Nueva España experimentó un conflictivo proceso cultural determinado por la enorme diversidad étnica y lingüística. Exceptuando la delimitación formal de un territorio y la organización política virreinal, los lazos de identidad y cohesión entre los distintos grupos sociales eran escasos y débiles.

Como producto de las reformas borbónicas implantadas en la Nueva España a mediados del siglo XVIII, se pone de manifiesto la falta de correspondencia entre la estructura económica cada vez más moderna y la inamovible estructura social. Su resultado fue el generalizado descontento de los criollos, los que encuentran en el proceso de desintegración del Imperio español, precipitado por la ocupación francesa de España (Paz, 1993), el catalizador para iniciar el movimiento independentista. Los criollos descubren que tienen una patria y su patriotismo no contradecía su fidelidad al Imperio español y a la Iglesia católica.

Con la proclamación de independencia los criollos vinculan la idea de nación con las de autodeterminación y defensa de la soberanía. Para convalidar sus derechos y lograr con mayor prontitud sus objetivos se vieron obligados a exaltar el pasado indígena. Los principales rasgos de lo que pudiéramos llamar nacionalismo criollo son los siguientes: 1) repudio de lo español peninsular con el objetivo de defender los intereses de un grupo que no podía gobernar a su país; 2) interpretación de la Guerra de Independencia como una liberación, pero también como venganza contra la crueldad del proceso de conquista;

3) defensa del pasado indígena o neoztequismo, [16] con el cual se legitiman las demandas de autogobierno para expropiar el pasado y así liberarse de España; y 4) exaltación del guadalupanismo, [17] mediante el cual se evoca un interés especial de la patrona de la Nueva España en la cristianización de los indígenas. Estos puntos que esgrimieron los criollos en la búsqueda de sus derechos autónomos influyen de forma directa en la concepción del nacionalismo mexicano (Brading, 1983).

Al concluir la Guerra de Independencia se inicia un largo y caótico proceso de lucha entre las facciones dominantes. Aunque por distintos medios, éstas tenían tres objetivos comunes: reactivación de la economía; creación del Estado-nación que, al centralizar el poder político, sustituiría a la anterior organización política novohispana; y reinserción del país en la división internacional del trabajo una vez destruido el pacto colonial.

En los primeros años del México independiente se concretan dos proyectos de nación: el liberal y el conservador. [18] El primero buscaba imitar la organización política de los Estados Unidos, mientras el segundo quería mantener la anterior organización novohispana. Lo cierto es que en esos años ninguno de los dos tuvo la capacidad de imponerse como proyecto hegemónico. La debilidad política de ambas facciones, la diversidad étnico-cultural, la desarticulación de las numerosas regiones -casi autárquicas- y la dispersión y el analfabetismo de la población son obstáculos para la estabilización del país y para el establecimiento de cualquiera de los dos proyectos.

Frente a la marginación de los grupos sociales indígenas y mestizos, los criollos representaban la nueva élite política en el poder, por lo que demandaban una sociedad cortada a la medida de sus aspiraciones. En ellos -afirmaba Mora- es donde debe buscarse el carácter mexicano; ni los indios ni los mestizos pueden aspirar a poner su sello en la sociedad criolla (Basave, 1992: 22). Esta posición explica los esfuerzos fracasados de los liberales por poblar el territorio nacional con inmigrantes europeos con el objetivo de "blanquear" al país; o los sueños de los conservadores de ser gobernados por un monarca europeo.

Como producto de la guerra de castas en Yucatán y de la guerra de 1848 contra los Estados Unidos se registra un cambio hacia los indígenas: o se les exterminaba o se les integraba en el sincretismo étnico del mestizaje, para que todas las razas existentes en el país se fundiesen en una sola. Con esto se pretendía eliminar las diferencias étnicas, lo cual suponía que el indígena tendría que abandonar su religión, su lengua y su cultura para asimilar y subsumirse en la cultura criolla.

Mientras que en la Constitución de 1857 se plasma el viejo anhelo liberal de establecer una sociedad justa e igualitaria, producto de una economía desarrollada con la orientación de un Estado republicano y federal, se refuerza un nacionalismo defensivo ante la cercenación de más de la mitad del territorio. En la segunda mitad del siglo XIX, el proyecto criollo de nación va cediendo su lugar al México mestizo. "México no fue criollo sino mestizo y no fue Imperio sino República" (Paz, 1987). La presencia en los principales escenarios políticos de hombres como Juárez, Ocampo y Porfirio Díaz afianza la fuerza del mestizo en la redefinición del proyecto nacional. [19]

En la esfera de la acción estatal, la segunda mitad del siglo XIX muestra tendencias encontradas en las prácticas del aún endeble nacionalismo, sustentado sobre todo en la necesidad de reafirmar la soberanía nacional frente al enemigo exterior, ya se presentase éste como expansionismo o como dominación y explotación económicas.

Con el cobijo ideológico del positivismo comtiano y del biologismo social de Spencer, Porfirio Díaz establece una férrea dictadura personal en la que la práctica nacionalista es

difusa en el aspecto económico: permite la entrada de capitales extranjeros, particularmente norteamericanos, aunque fomenta la inversión del capital europeo para equilibrar la potencial amenaza del vecino del norte. En la práctica política se fortalece un nacionalismo maniqueo, con la excesiva veneración de héroes, símbolos e historia funcionales a la dictadura porfirista.

Con la lucha armada de 1910 se inicia una nueva etapa de la sociedad mexicana, la cual en el terreno del nacionalismo logra su momento culminante con la creación del nacionalismo revolucionario. Sin importar cómo se defina a la Revolución de 1910 (democrática, popular, campesinista), lo cierto es que en ella se manifiestan, en forma explícita o velada, los rasgos constitutivos del nacionalismo revolucionario plasmados en la Constitución de 1917: defensa irrestricta de las riquezas nacionales; elevación del nivel de vida de los sectores populares, bien con el reparto de tierras, bien con mejores condiciones laborales; fortalecimiento del sistema educativo para afianzar los lazos de cohesión nacional; identificación del mestizo como portador nato del carácter nacional; desconfianza hacia las grandes potencias extranjeras; un fuerte Estado interventor en la economía legitimado en su origen revolucionario; y un creciente optimismo en la nacionalidad como fuente del ejercicio político.

Paralelamente a la consolidación del Estado emanado de la Revolución se articula un nuevo discurso de poder conocido como nacionalismo revolucionario, el cual tiene como principales objetivos dotar de coherencia y legitimidad al Estado, favorecer la paz social al conciliar las contradicciones clasistas y establecer las bases del consenso político nacional (Montalvo, 1986). Los términos de nación-revolución y mexicanidad fueron referente único de legitimidad y cohesión. De esta forma, gran parte de las manifestaciones artísticas del México posrevolucionario -muralismo, literatura, música- intentan demostrar que, con la Revolución, el pueblo mexicano ha iniciado un proceso de conciencia colectiva en el que lo auténtico se vincula con lo popular, con lo indígena -lo indígena es lo nacional- y con lo mestizo; Gamio y Vasconcelos refuerzan con sus reflexiones teóricas tal tendencia. [20]

No obstante, la acción estatal en el ámbito de la cultura carece de pretensiones de omnipresencia. Su postura ha sido y es pragmática y acepta toda propuesta artística para adecuarla al discurso oficial. Para fomentar el sentimiento nacionalista se procura el culto a los héroes, la exaltación del sincretismo étnico y cultural como requisito de la estabilidad, la ampliación del sistema educativo para socializar la visión oficial de la historia y el mecenazgo de la producción artística para consagrar y magnificar al Estado.

Al declararse heredero legítimo de las banderas revolucionarias, el Estado se apoya en el nacionalismo como elemento fundamental en el que se basa el poder del naciente Estado; la intención es la de fusionar a los sectores populares con el poder e imposibilitar su independencia ideológica y política. Es en el período cardenista cuando el nacionalismo adquiere notable fuerza y obtiene enorme presencia en todos los sectores de la población. El proyecto de nación sintetiza una tradición arraigada en el pueblo, al fortalecerse con profundas transformaciones sociales -reparto agrario, nacionalización del petróleo, fortaleza del sindicalismo-; con ello envuelve a la sociedad, pues incorpora a las clases populares e impone su visión del mundo a los diversos sectores de la población (Montalvo, 1986). Con la política de masas del cardenismo se establecen las bases para el control corporativo y para el manejo clientelar a través del partido de Estado -el PRM-, rasgos típicos del sistema autoritario. Así, la dualidad corporativismo-partido de Estado es el principal mecanismo de la relación entre Estado y sociedad, cobijada por el discurso del nacionalismo revolucionario.

En la década de los treinta y en pleno auge cardenista se difunde una nueva corriente del nacionalismo, encabezada por Samuel Ramos (1985). "Lo que denomina como psicoanálisis del mexicano, localiza la esencia de la mexicanidad como un sentimiento de inferioridad. Los orígenes históricos de este sentimiento se encuentran en la conquista y la colonización de Mesoamérica por los españoles" (Gutmann, 1993: 31). Por ello, lo que sedimenta el carácter nacional es la herencia criolla: la nueva raza es derivación de una raza europea. Con Ramos, la reflexión sobre lo mexicano significa un vuelco de los mexicanos sobre sí mismos, en una sociedad caracterizada por ser aún mayoritariamente rural y dedicada a la producción agrícola.

En el período de la industrialización, el nacionalismo revolucionario presenta al Estado como elemento central de la cohesión social pues evita enfrentamientos entre los factores de la producción. En estos años, y ante la mayor presencia de los Estados Unidos en todas las esferas de la vida mexicana, el discurso nacionalista se aleja de las posturas radicales para resaltar la defensa de la soberanía nacional. Lo cierto es que, cada vez más, el nacionalismo muestra su desgaste al transformarse en una figura decorativa y superficial del discurso estatal.

Producto de las migraciones campo-ciudad, el país adquiere gradualmente una fachada de modernización al registrar un sustancial avance de la población urbana y, dentro de ella, de las clases medias. En este marco, a principios de la década de los cincuenta la cuestión de lo mexicano adquiere mayor relevancia intelectual. Octavio Paz con su *Laberinto de la soledad* busca estudiar la sociedad mexicana mediante sus impulsos y mitos primordiales: "La historia de México es la historia del hombre que busca su filiación, su origen", en donde "el mexicano no quiere ser ni indio ni español; tampoco quiere descender de ellos. Los niega... se vuelve hijo de la nada" (Paz, 1984). También se crea el grupo Hyperion con José Gaos y Leopoldo Zea, los que pretenden crear la "filosofía de lo mexicano" como una expresión de la conciencia nacional. Sin embargo, en este período el nacionalismo ya no es un "método de cohesión y de estímulo imaginativo, sino gastada fórmula de promoción oficialista". Frente a la necesaria industrialización el movimiento intelectual es gobiernista, se abandona la Revolución como elemento regenerador de la cultura aunque sea necesario creer públicamente en ello por carecerse de otras fuentes de cohesividad: "El desafío nacionalista se ha extinguido en una espesa demagogia" (Monsiváis, 1976: 415).

Con el proceso de modernización económica y social, traducido como industrialización, crecimiento urbano, alfabetización, presencia de los medios de comunicación masiva, etc., y en un afán de constante adaptación a los cambios registrados, el nacionalismo revolucionario amalgama en su propuesta tanto a la cultura popular como a la cultura de masas [21] al "imponer una cultura simultáneamente patriota y alineada a la cultura transnacional de masas" (Bartra, 1989: 194).

Cuando aún se apreciaban con optimismo los logros del llamado desarrollo estabilizador, los hijos consentidos de éste, los sectores medios estudiantiles, se enfrentan al Estado. El movimiento estudiantil de 1968 constituye un parteaguas histórico en el que la sociedad civil comienza a rearticularse; esto porque en dicha movilización, además de impugnarse los supuestos logros económicos del desarrollo estabilizador, se puso de manifiesto el carácter autoritario y antidemocrático del Estado mexicano.

En los años setenta la acción estatal busca la reconciliación con los sectores medios de la población. En el discurso oficial se repiten los términos "crecimiento y justicia", "desarrollo compartido", "apertura democrática", "tercermundismo". Como respuesta al reclamo estudiantil, se promueve la masificación de las universidades -preparatorias populares, Colegio de Ciencias y Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, Universidad

Autónoma Metropolitana-. En la segunda mitad del decenio, el boom del petróleo y de la deuda externa, con sus respectivas secuelas negativas, colapsan gravemente la estructura del Estado interventor y promotor de la economía. La acelerada inflación, la fuga de capitales y la caída de la inversión pública se tradujeron en una crisis económica sin precedentes, pero también en una crisis cultural de identidad.

En 1982 se nacionaliza la banca ante una situación económica de suma gravedad. El Estado justificó la acción nacionalizadora con los principios de un agónico nacionalismo revolucionario. Todo parecía indicar que ese era uno de los últimos momentos culminantes del discurso nacionalista. Como es conocido, a partir de dicho año se inicia una gradual pero profunda transformación del Estado mexicano. Ante el agotamiento del llamado Estado benefactor se decide transitar hacia el Estado mínimo -neoliberal-, en el cual las principales banderas de la Revolución y los preceptos del nacionalismo se percibían muy lejanos. La respuesta ciudadana no se hace esperar y comienza una etapa de grandes movilizaciones sociales que alcanzan su clímax con las manifestaciones a favor de un verdadero proceso democrático y con el voto de castigo al partido oficial, o si se quiere de apoyo a las reivindicaciones de las banderas revolucionarias que sustentó el Frente Democrático Nacional en las elecciones presidenciales de 1988.

En la década de los ochenta, ante la exigencia tecnocrática de la modernización y el reclamo ciudadano de la democratización, el nacionalismo revolucionario parece mostrar señales de agotamiento y de debilidad en su función legitimadora; algunos de sus rasgos han dejado de ser significativos para amplios sectores de la población. Y aunque la élite política -en su mayoría tecnocrática- no lo abandona del todo, pues aún encuentra en él una fuente de legitimación, en los últimos años se evidencia un alejamiento del nacionalismo revolucionario concretado en un distanciamiento del agrarismo, del populismo sindical y del proteccionismo. El resultado ha sido la erosión de la base popular del régimen y las fracturas en la unidad de la familia revolucionaria (Bartra, 1989). Esto significa que el nacionalismo revolucionario, que contribuyó a la legitimación del Estado, estableció una relación poco coherente con el desarrollo del capitalismo occidental: "El mito es eficiente para legitimar el poder priísta, pero ineficiente para legitimar la racionalidad del desarrollo industrial." Al chocar con la llamada modernización y con la democratización, el nacionalismo revolucionario se está convirtiendo en un elemento disfuncional; está dejando de ser un medio de dominación y legitimación eficaz al perder credibilidad ante las masas y coherencia como cultura del grupo dominante (Bartra, 1989).

A últimas fechas, el más alto representante del Poder Ejecutivo definió la plataforma política de su gobierno, apoyada en el liberalismo social. Se trata de un esfuerzo por refuncionalizar y actualizar las banderas de la Revolución y del nacionalismo revolucionario. La legitimación gubernamental ha tenido un baluarte insustituible en el Programa Nacional de Solidaridad.

IV. Perspectivas del nacionalismo en México

La realidad étnico-cultural del México de hoy es en extremo compleja. La pretendida identidad nacional es difusa y no se puede asir. La diversidad étnica, lingüística y cultural continúa siendo una constante del país; la anhelada homogeneidad cultural no se percibe: México no es uno sino existen muchos Méxicos. La práctica cultural, lejos de consolidar una matriz cohesionadora, refleja disímbolos procesos de hibridación cultural. Con los medios de comunicación masiva la influencia de culturas ajenas es cada vez más evidente. Todos estos aspectos se confrontan cotidianamente con los propósitos homogeneizantes e integradores del proyecto nacionalista. En mi opinión son básicamente tres factores los que explican la disfuncionalidad del nacionalismo mexicano:

1) La presencia de los grupos indígenas. Después de casi cinco siglos de dominación, etnocidio, explotación y marginación, los indígenas subsisten; soportaron tres siglos de vida colonial y dos del México independiente, en el que por todos los medios se les ha tratado de integrar al proyecto mestizo. Aún más, el Estado posrevolucionario reafirmó tal propósito de integración al mestizaje.

No obstante, los indígenas son una realidad tangible del México actual. Algunas cifras señalan que aproximadamente 10% de la población total pertenece lingüística y culturalmente a estos grupos (Bonfil, 1989). Es decir, existen cerca de 8 millones de habitantes establecidos en México que no por eso son necesariamente mexicanos. Sus excesivos niveles de marginación económica, social y política se traducen en obstáculos para la integración nacional del proyecto estatal nacionalista. "El problema indígena sigue teniendo magnitud nacional: define el modo mismo de ser de la nación. No es el problema de unos cuantos habitantes, sino el de varios millones de mexicanos que no poseen la cultura nacional" (González Casanova, 1990: 107).

2) Frente al proyecto estatal de imponer un nacionalismo centralista, autoritario y vertical, la realidad regional del país se rebela constantemente. Para las minorías rectoras de México son inaceptables tanto la vocación universalista como la localista -"el apego a la tierra"- . Para los dirigentes políticos México es uno e indivisible; se niegan a aceptar un país hecho de retazos o multiforme, aunque la realidad demuestre lo contrario: "un mosaico multiforme, una surtida variedad de paisajes, razas, estilos de cultura y niveles históricos que se agrupan en zonas, regiones y municipios" (González, 1987: 51). Ante el patriotismo estatal existe un haz de regiones, espacio de las matrias entendidas como "el pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, el orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre" (González, 1987: 52). Matrias que de alguna forma obstaculizan la pretendida unidad nacional.

3) El nacionalismo y el carácter de lo mexicano muestran dos desfases: en primer lugar, la débil correspondencia que existe entre el discurso oficial nacionalista y la práctica cultural cotidiana del pueblo mexicano. En segundo lugar, el distanciamiento entre lo que los intelectuales definen como carácter nacional y lo que realmente son los mexicanos. En cuanto al primer desfase, es claro que la diversidad étnica, lingüística y cultural, más la existencia de numerosas matrias distintas entre sí, explican por qué -salvo en coyunturas particulares- los connacionales no responden del mismo modo ni con la misma intensidad a los reclamos del proyecto estatal nacionalista. Afirmar lo contrario supone hablar de una población integrada, homogénea en lo étnico-cultural y receptiva al discurso oficial, situación muy alejada de la realidad mexicana. En cuanto al segundo desfase, Bartra afirma que las reflexiones sobre lo mexicano o sobre el carácter nacional son una construcción imaginaria de los intelectuales que ellos mismos han elaborado con la ayuda decisiva de la literatura, el arte y la música: "los ensayos sobre lo mexicano se muerden la cola, por así decirlo: son una emanación ideológica y cultural del mismo fenómeno" (Bartra, 1987: 16). El Estado se apropia de estas visiones para presentarlas como mitos funcionales a la cultura dominante, para que su legitimidad adquiera acentuadas connotaciones culturales.

En el México de los noventa el nacionalismo revolucionario se encuentra ante una disyuntiva en el ámbito étnico-cultural. O se fortalece el proceso de mestizaje como crisol de la identidad nacional (Basave, 1992), o se acepta la realidad del México actual: multicultural, plurilingüe y con una enorme diversidad de regiones con manifestaciones propias y con cohesividad colectiva. Ante el proyecto nacional que busca la consolidación del patriotismo mexicano existen innumerables matrias a lo largo y lo ancho de la República (González, 1987). En mi opinión, la segunda opción es la que se acerca más a la realidad y la que, en última instancia, posibilitará un camino más diáfano hacia la

modernización política. Aceptar el pluralismo cultural no debe de entenderse como un obstáculo que vencer, sino como contenido mismo del proyecto nacional que lo legitima y lo hace viable (Bonfil, 1989).

CITAS:

[*] Coordinador de la Licenciatura en Sociología, UAM Azcapotzalco.

[1] La nación es la síntesis histórica de múltiples factores étnicos, lingüísticos y culturales, los que al combinarse y conformarse de una manera específica definen sus rasgos esenciales, cuyas principales características son las siguientes: 1) la nación. como producto social, posee una historia específica en su vida económica, en su estructura social, en su riqueza y herencia cultural y lingüística, que la determina y la conforma; 2) la esencia de toda nación es la cultura, de ahí que el desarrollo cultural sea sinónimo del desarrollo de la nación y viceversa; la nación, entonces, posee una sola y exclusiva cultura, la cual, pese a sus múltiples procesos de intercambio y sincretismo cultural, configura y condensa un conjunto de valores, de aspiraciones y de creencias, además de un simbolismo específico y exclusivo para cada nación; una sociedad multicultural corresponde a toda formación política encarnada por el Estado-nación; 3) el lenguaje, como principal mecanismo de transmisión cultural, constituye la esencia de la cultura; y 4) la nación determina a los individuos que la conforman por el solo hecho de nacer y crecer en ella, como portadores de la conciencia colectiva -psique colectiva- a través de la cual se identifican con los propios y se diferencian de los extraños.

[2] Entre los principales hechos están: 1) la guerra que durante más de ocho siglos establecieron los pequeños Estados cristianos de la Península Ibérica en contra de los árabes, posibilitó el surgimiento de algunos Estados y la subsecuente unificación -cuando menos jurídica- del Estado-nación español al casar en 1479 los reyes de Castilla y Aragón; y 2) la creación en Francia, a principios del siglo XIV, de los "Estados generales", que se transforma en el factor básico de la unificación del Estado francés, cuyo propósito se logra al finalizar la Guerra de los Cien Años en contra de Inglaterra; después de esta guerra y de la guerra de las Dos Rosas cuaja el proceso de unificación nacional con el advenimiento de Enrique VII (1485), al consolidar la monarquía absoluta.

[3] La consolidación del mercado interno, el aumento de la producción y de la comercialización, además de la política proteccionista y cambiaria, se traducen para el Estado en mayores ingresos públicos, así como en un ejército más poderoso que dota de más fuerza al Estado para recabar más impuestos; en el círculo más impuesto-más poder radica la base principal del Estado-nación. La necesidad del rey de dominar a la nobleza y la de los comerciantes de obtener protección del poder estatal, constituyen los fundamentos del Estado-nación (Bauer, 1979: 179).

[4] Los bretones, por ejemplo, son integrados política y económicamente al Estado francés, pero no cultural ni lingüísticamente.

[5] Cuando la mayoría de un pueblo políticamente consciente -conjunto de individuos con una comunicación eficaz, con cultura y lengua comunes- desea obtener un determinado poder político para su grupo étnico, se ubica en una proceso de nacionalidad y, cuando adquiere tal poder mediante la máquina del Estado, se habla de una nación (Deutsch, 1981: 341).

[6] El "principio de las nacionalidades" destaca básicamente dos problemas, a saber:

1) La distinción entre nación y nacionalidad, según la cual la nacionalidad se refiere a grupos étnicos que alcanzan una conciencia política como tales y, por tanto, aspiran a poseer una organización política autónoma y acorde con su idiosincracia. Dicha toma de conciencia política de los grupos étnicos puede ser efecto de su crecimiento, al exceder las dimensiones locales -etapa tribal, prenatal-, y cobra importancia política cuando ejerce o trata de ejercer su influencia sobre la estructura política (Akzin, 1983: 35); o puede ser efecto del sometimiento al dominio de un Estado ajeno y extraño a su etnicidad, por lo que luchan por obtener su independencia. Por nación se concibe a todo grupo étnico políticamente consciente que ha logrado la hegemonía de un Estado, es decir, la nación percibida como toda comunidad étnica, cultural, lingüística e histórica que se ha consolidado como un organismo político independiente (Rocker, 1977: 154).

2) Discutir la existencia de los Estados monoétnicos y poliétnicos supone analizar si a cada nación corresponde un Estado o si éste se debe de componer de varias naciones, nacionalidades y grupos étnicos. El argumento a favor del Estado monoétnico refiere al derecho inalienable de toda nación o nacionalidad de poseer un organismo político propio -cuyo origen se encuentra en las formas de organización tribal- autónomo y soberano, pues al Estado se le puede entender como el "complemento natural del ser étnico correspondiente", aunque por sí mismo no constituye ipso facto una nación (pese a que, para muchas naciones, el Estado es un factor etnogenético fundamental) (Polakovic, 1976: 19). Ello permite concluir que el Estado es un instrumento principal de la nación al protegerla, preservarla y desarrollarla. El Estado monoétnico expresa la existencia de un grupo étnico que se organiza y ejerce una influencia política a través de un conjunto de instituciones que regulan -coactivamente o no- y legitiman las relaciones individuales o colectivas intrínsecas de su etnicidad; en un Estado monoétnico no existe la diferencia entre Estado y nación, porque ambos no chocan ni se yuxtaponen, la lengua del pueblo es la lengua oficial, población y etnia son lo mismo. Aunque estos tipos de Estado son propios de las sociedades más antiguas, existen Estados modernos que pueden considerarse casi como monoétnicos: Suecia, Dinamarca, Polonia, Hungría, Grecia, etc. (Akzin, 1983).

[7] "Que me dejen hablar mi lengua, desarrollar mis costumbres, decidir en las cuestiones que me interesan, creer lo que juzgue oportuno, expresarme libremente en cualquier materia... lo malo es que alguien determine cuál o cómo ha de ser mi identidad, que marque el modelo al que tengo que conformarme, el espejo deformante al que debo adecuar mi rostro" (Savater, 1979).

[8] Andrazej Mirga, jefe de los aproximadamente quince mil gitanos de origen polaco, señaló que éstos forman el grupo étnico más perseguido de Europa e hizo un llamado al Parlamento Europeo para que lo proteja (Uno más uno, 28 de diciembre de 1992, p. 20).

[9] Basta recordar cómo Napoleón exhortó a los húngaros a sacudirse el yugo de la dominación austriaca: "No pido nada de vosotros, sólo deseo ver una nación libre e independiente." La historia demostró a qué se debía ese desinterés. Los ingleses apoyaron a las naciones oprimidas de Europa continental sin pensar en concederles ese derecho a los irlandeses. Napoleón III defendió a toda costa la unidad italiana, pero esa defensa permitió a Francia la anexión de Niza y Saboya, etc. (Rocker, 1977).

[10] Según Helmuth Kohl, durante 1992 en Alemania se registraron más de dos mil ataques en contra de refugiados, en su mayoría gitanos, turcos y húngaros.

[11] En este tipo de nacionalismo la adhesión al Estado -patriotismo- es más fuerte que la adhesión a la nacionalidad. Además este fenómeno -fortalecer y perpetuar los vínculos nacionales por medios políticos- sólo adquiere su connotación de masas hacia principios

del siglo XIX. Y desde entonces se ha convertido en una poderosa ideología que ha provocado la mayoría de los cambios ocurridos en el mapa mundial (Akzin, 1983).

[12] Rocker afirma que el Estado nacional no procede de una conciencia nacional de los pueblos; esto -dice- es sólo una fantasía. La nación no es la causa, sino el efecto del Estado. Es el Estado el que crea a la nación, no la nación al Estado (Rocker, 1977).

[13] Debido a la erosión de las culturas populares y a la importancia de una cultura común, dependiente de la alfabetización, hoy son la nación y el nacionalismo lo único que tiene importancia; "inevitablemente" el Estado ha de encargarse del mantenimiento y la supervisión de una enorme infraestructura social. El sistema educativo se convierte en parte fundamental de ella y el principal papel que pasa a desempeñar es el de mantener el medio cultural-lingüístico" (Gellner, 1988: 90).

[14] La difusión del alfabetismo y de los medios de comunicación de masas ha estimulado al nacionalismo pero también lo ha apresurado, pues "ahora toma menos tiempo llegar a las masas con nuevas tecnologías y símbolos, y la frecuencia e intensidad con la que las masas pueden afianzarse, también ha crecido grandemente" (Akzin, 1983: 76).

[15] "Un cierto número de civilizaciones del mundo antiguo -las de China, India, Persia, Mesopotamia, Judea, Egipto, Grecia-, así como cierto número de civilizaciones avanzadas de la América precolombina sin duda alguna pueden ser consideradas como si hubieran alcanzado la etapa de nación" (Akzin, 1983: 36).

[16] Clavijero, jesuita criollo y uno de los principales promotores del neoaztequismo, libera al pasado indígena del estigma "demoníaco" de su religión. Para él los aztecas tenían una religión ecuaníme y naturalista. Comparó además a los aztecas con los nobles romanos y a la creación artística de Texcoco con Atenas (Brading, 1983).

[17] En términos de sincretismo cultural y religioso, la creación más compleja de la Nueva España fue colectiva: el culto a la Virgen de Guadalupe. El mito de la Tonantzin-Guadalupe cautivó el corazón y la imaginación de todos en una constelación de signos. Fue bandera en 1810 y con Zapata. Su culto es íntimo y público, regional y nacional. El 12 de diciembre es la fiesta central del calendario emocional del mexicano (Paz, 1987).

[18] Los liberales demandaban en lo político una república federal, democrática y representativa. En lo social exigían la secularización de la sociedad y la proliferación de los pequeños propietarios, es decir, de la clase media como principal elemento de la sociedad; en lo económico, apoyaban el liberalismo y rechazaban toda intervención del Estado en la economía, salvo en sus funciones de defensa nacional, educación y seguridad. Los conservadores pedían en lo político un gobierno centralista y monárquico; en lo social, un México aristocratizante y borbónico; en lo económico, una decidida intervención del Estado.

[19] Según Andrés Molina Enríquez, "en 1854 Juan Alvarez derrocó con el Plan de Ayutla a Santa Anna, iniciando la etapa de transición en la que los mestizos se adueñaron del poder, en alianza con una fracción criolla: la Iglesia. Y, fundamentalmente, en 1876, el general Díaz emprendió con su Plan de Tuxtepec la consolidación de los triunfos mestizos de la Reforma y la República, dando forma a la etapa integral, la que perpetúa el fenómeno de la nacionalidad" (Basave, 1992: 57).

CITAS:

[20] Para Gamio, el principal problema que resolver en México es el de la heterogeneidad social: el país es un conjunto de patrias en donde los indígenas llevan la peor parte; la solución es promover la homogeneidad mediante la fusión de razas como primera y más sólida base del nacionalismo; con el mejoramiento económico de los indígenas, se facilitará la fusión étnica y cultural de donde surgirá una verdadera patria mexicana. Vasconcelos propugna la unificación de razas, pues sólo las razas mestizas producen grandes civilizaciones: estas razas, hechas con la sangre y el ingenio de todos los pueblos, conformarán la raza cósmica, cuyo asentamiento será Iberoamérica. Por ello, impulsa la alfabetización y la difusión de la cultura que posibiliten el surgimiento de una cultura nacionalista (Basave, 1992). "Educar es establecer los vínculos nacionales. Y también propone la incorporación de las minorías indígenas a la nación a través del sistema escolar nacional. Primero son mexicanos, luego indios" (Monsiváis, 1976).

[21] La cultura de masas es el conjunto de valores prefabricados y difundidos por los medios de comunicación masiva, cuyo principal objetivo es incitar al consumo impulsivo y, con éste, uniformar las mentalidades de los grupos subalternos para someterlos a la ideología y los intereses de la clase dominante. La cultura popular es la expresión emanada directamente de las clases populares, de sus tradiciones propias y locales, de su genio creador. La cultura popular es creada desde abajo y responde a las necesidades vitales, para dotar de cohesión a los grupos populares (Salazar, 1991).

BIBLIOGRAFIA:

Akzin, B. (1983), Estado y nación, FCE, México.

Bartra, R. (1987), La jaula de la melancolía, Grijalbo, México.

Bartra, R. (1989), "La crisis del nacionalismo en México", en Revista Mexicana de Sociología, núm. 3, julio-septiembre, IIS-UNAM, México, pp. 191 -226.

Basave, A. (1992), México mestizo, FCE, México.

Bauer, O. (1979), La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia, Siglo XXI, México.

Bonfil, G. (1989), México profundo, Grijalbo, México.

Brading, D. (1983), Los orígenes del nacionalismo mexicano, Era, México.

Deutsch, K. (1981), Las naciones en crisis, FCE, México.

Gamio, M. (1985), Antología, UNAM, México.

Gellner, E. (1988), Naciones y nacionalismo, Alianza Editorial, México.

González, L. (1987), "Patriotismo y matriotismo. Suave patria", en Nexos, núm. 108, diciembre, México, pp. 51-60.

González Casanova, P. (1990), La democracia en México, Era, México.

Gutmann, M. (1993), "Culturas primordiales y creatividad en los orígenes de lo mexicano", en La Jornada Semanal, núm. 186, enero, México, pp. 30-37.

Monsiváis, C. (1976), "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Historia general de México, t. IV, El Colegio de México, México, pp. 303-475.

Montalvo, E. (1986), El nacionalismo contra la nación, Grijalbo, México.

Paz, O. (1984), El laberinto de la soledad, FCE, México.

Paz, O. (1987), "Orfandad y legitimidad", en México en la obra de Octavio Paz, FCE, México, pp. 174-188.

Paz, O. (1993), "América en plural y en singular", en Vuelta, núm. 194, enero, México, pp. 11-16.

Polakovic, E. (1976), ¿Qué es una nación?, Asociación Cultural Eslovaca, Buenos Aires.

Ramírez, S. (1986), El mexicano. Psicología de sus motivaciones, Grijalbo, México.

Ramos, S. (1985), El perfil del hombre y la cultura en México, Espasa-Calpe, México.

Rocker, R. (1977), Nacionalismo y cultura, La Piqueta, España.

Salazar, F. (1991), "De la cultura popular a la cultura de masas en México. La ciudad de México en la década de los ochentas", en Sociológica, núm. 15, enero-abril, UAM-Azcapotzalco, México.

Salazar, F. (1992) "Cultura y nación" (en prensa).

Savater, F. (1979), "Teoría del nacionalismo preformativo", en El Viejo Topo, núm. 39, Iniciativas Ed., Barcelona, pp. 19-25.